

# Un esbozo de la historia de la hematología en Colombia

An outline of the history of hematology in Colombia

► Hernando Sarasti<sup>1</sup>, MD, FACP, ASH (Em.)

<sup>1</sup>Miembro emérito y fundador de la Asociación Colombiana de Hematología y Oncología (ACHO) (Bogotá, Colombia).

Casi dos décadas después del discurso pronunciado por el doctor Hernando Sarasti, el 18 de junio de 1993, durante el segundo congreso de la entonces Sociedad Colombiana de Hematología (realizado en Bogotá), el comité editorial de la *Revista Colombiana de Hematología y Oncología (RCHO)* ha decidido difundir lo escrito por uno de nuestros fundadores, considerando que la historia es una de las pocas fuentes del conocimiento que nos permiten saber qué fuimos en el pasado, qué somos en el presente y qué seremos en el futuro. Esta memoria ha sido modificada ligeramente para satisfacer nuestro formato, previa autorización de origen. De antemano, el editor agradece la cálida y respetuosa contribución del doctor Sarasti y enarbola su nombre en el reciente Premio Nacional a la Investigación en Hematología y Oncología que en adelante seguirá su ruta.

“Quiero, ante todo, expresar mis sinceros agradecimientos a los organizadores del Segundo Congreso de la Sociedad Colombiana de Hematología por la deferencia que tuvieron conmigo al invitarme a dirigirme a ustedes en esta conferencia inaugural. He escogido como tema un breve esbozo de lo que ha sido el desarrollo de la hematología en nuestro país.

La medicina, como la vida misma, es una trama compleja y fascinante en la que se cruzan y entrecruzan lo viejo y lo nuevo, lo obvio con lo inesperado y los triunfos con las derrotas. Los actores de este proceso somos las sucesivas generaciones de médicos, cada una dentro de su contexto cultural y científico. Conviene, de vez en cuando, mirar hacia el pasado y tratar de comprender de dónde venimos.

La primera referencia que aparece en la bibliografía médica colombiana sobre una enfermedad

hematológica se remonta a 1888; en dicho año, el médico antioqueño Andrés Posada Arango (1839-1923) describió, en un artículo publicado en la revista de la Academia de Medicina de Medellín, una entidad entonces denominada “el tuntún”. Este era el nombre vernáculo con que se describía la profunda anemia ferropénica producida por la infestación con *Necator americanus*, enfermedad tan frecuente en las regiones de clima templado de nuestro país.

El tinnitus sincrónico con el pulso que describía en estos pacientes fue el origen de esta pintoresca alegoría onomatopéyica de la enfermedad. En su libro *Estudios científicos*, el doctor Posada afirmó que fue él quien identificó por primera vez al *Necator* en Colombia.

Unos pocos años antes, en 1882, en la ciudad de Cali, un pionero de la cirugía colombiana, el doctor Evaristo García (1845-1921), había practicado la primera esplenectomía sin que se tengan mayores detalles sobre esta intervención. En Bogotá, durante 1880, los doctores José Vicente Uribe y Juan de Dios Herrera llevaron a cabo la primera transfusión sanguínea sin que tampoco se tenga mayor información sobre la técnica utilizada. Años después, en 1917, el doctor José del Carmen Acosta (1894-1965), uno de los pioneros de la ginecoobstetricia en nuestro país, se graduó con la tesis que llevaba como título *Contribución al estudio de la hematología* en Bogotá.

Por esa misma época, el famoso clínico José María Lombana Barreneche (1854-1928), considerado como el padre de la medicina interna colombiana, escribió uno de sus escasos artículos científicos sobre la anquilostomiasis, y, en 1923, el doctor Rafael Martínez Briceño

## DATOS DE CONTACTO

**Correspondencia:** Hernando Sarasti, MD, FACP, ASH (Em.) Miembro emérito y fundador de la Asociación Colombiana de Hematología y Oncología (Bogotá, Colombia). Carrera 16 N° 127-81. Teléfono: (+571) 275 3161. Correo electrónico: hsarasti@yahoo.com

**Fecha de recepción:** 1 de marzo del 2012. **Fecha de aprobación:** 18 de marzo del 2010.

**Conflictos de interés:** Ninguno

publicó otro que lleva por título "Lo que ha sido la campaña contra la anemia tropical en Colombia". Todos estos manuscritos reflejan el interés de los médicos por esta enfermedad, azote de los trabajadores agrícolas de las zonas cafeteras, en donde las condiciones de temperatura y humedad son ideales para el ciclo biológico del parásito, y la falta de letrinas y calzado facilitaban grandemente su transmisión.

La hematología como especialidad clínica independiente se inició en Colombia hacia 1938, en un pequeño laboratorio anexo al servicio de medicina tropical del Hospital San Juan de Dios de Bogotá. Este centro llevaba el nombre del médico peruano Daniel Carrión (1850-1885), quien había sacrificado su vida demostrando que la fiebre de Oroya y la verruga peruana tenían un mismo agente etiológico: la *Bartonella bacilliformis*. Este lugar se creó por iniciativa del jefe del servicio de patología tropical, el doctor Roberto Franco (1874-1958), que había regresado a Colombia en 1904, después de completar sus estudios de medicina y su especialización en enfermedades infecciosas y tropicales en Francia e Inglaterra, donde tuvo como profesores, entre otros, a Roux, Metchnikoff y Leveran, en el Instituto Pasteur, y a Manson y Ross, en la Escuela de Medicina Tropical de Londres.

Durante su estadía en Europa, asimiló no solamente la sabiduría clínica de los maestros franceses e ingleses, sino que también fue testigo de la profunda transformación que estaba sufriendo la medicina como consecuencia de los descubrimientos en los campos de la bacteriología y la parasitología. Él se dio cuenta de la enorme contribución que estas nuevas disciplinas científicas podrían hacer a nuestra incipiente medicina, limitada hasta esa época al diagnóstico clínico. A semejanza de William Osler, consideraba indispensable que el médico adquiriera habilidades básicas de laboratorio, repitiéndoles a sus alumnos que "un médico sin microscopio es como un soldado sin fusil".

El doctor Franco también estimuló a su gran amigo y pariente, el profesor Federico Lleras Acosta (1879-1938), a organizar en su casa del barrio de La Candelaria el primer laboratorio clínico que hubo en Bogotá y posiblemente en el país. El doctor Carlos Lleras Restrepo (1908-1994), presidente del país entre 1966 y 1970, describió en bellas páginas del primer tomo de sus memorias un corredor de su casa paterna

aislado con malla metálica en donde el profesor Lleras mantenía los animales de su bioterio. En este pequeño zoológico, convivían curies y conejos con un cordero que se sangraba periódicamente a fin de obtener eritrocitos necesarios para realizar algunas reacciones serológicas.

Con el doctor Franco, se inició la era de la medicina científica en Colombia, ya que los datos objetivos y reproducibles del laboratorio comenzaron a complementar la experiencia y la agudeza diagnóstica del clínico. Al mismo tiempo, le evitaban que se extraviara en la maraña de las disquisiciones teóricas y de las hermosas hipótesis plausible pero inverificables. La personalidad y las enseñanzas del doctor Franco influenciaron profundamente a toda una generación de médicos colombianos. Entre ellos, se encontraba el doctor Eduardo Cortés Mendoza (1915-1994), quien ocupaba el cargo de interno por concurso del Servicio de Enfermedades Tropicales del Hospital San Juan de Dios.

El doctor Cortés comenzó a estudiar coloraciones de sangre periférica de sus pacientes, comparándolas con las láminas de los escasos atlas hematológicos franceses y españoles que había en Bogotá en esa época. Cada vez más interesado en la hematología y después de revisar cuidadosamente los detalles técnicos que aparecían en la literatura, el doctor Cortés practicó los primeros estudios de médula ósea, utilizando agujas de punción lumbar recortadas y aspirando el material del esternón. En 1942, presentó su tesis de grado, que llevaba como título *Las anemias en nuestro medio*, la cual estaba ilustrada con microfotografías de excelente calidad tomadas por él mismo, lo que despertó el escepticismo de algún miembro del jurado calificador que sospechó que habían sido copiadas de algún texto extranjero.

La desconfianza se convirtió en admiración cuando presentó los recibos del laboratorio fotográfico en que había revelado los rollos de película, y su tesis fue premiada con mención honorífica. El doctor Cortés, a quien con plena justicia debe reconocerse como el primer hematólogo colombiano, continuó su labor clínica y docente en el campo de las enfermedades de la sangre, motivo por el que, en 1950, fue nombrado como el primer catedrático de hematología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia. Como culminación de su carrera académica, ocupó la decanatura de dicha facultad y continuó

ejerciendo la medicina interna y la hematología hasta 1992, en su consultorio privado, y falleció a la edad de 79 años, en 1994.

Nuestra Sociedad Colombiana de Hematología y los que ejercemos esta noble especialidad estamos en mora de hacerle al doctor Eduardo Cortés el homenaje que se merece como el primer hematólogo de nuestro país.

Debe mencionarse también que, hacia el año 1940, llegó a Bogotá, formando parte del grupo de intelectuales y científicos españoles refugiados en Colombia en esa época, el licenciado Carlos Zozaya Barza. Él instaló un laboratorio clínico en la carrera 7ª con calle 17, y, de manera generosa y totalmente desinteresada, enseñaba a un pequeño grupo de estudiantes voluntarios los secretos de la morfología de la sangre. Tenía en su poder, por esa época, el único ejemplar disponible en Bogotá de la primera edición de la *Hematología* de Wintrobe. El doctor Zozaya se trasladó en 1943 a Venezuela, y años más tarde regresó a su tierra natal.

Los jóvenes médicos que en ese momento recibieron sus enseñanzas lo recuerdan con gran afecto; entre ellos debemos mencionar al doctor Guillermo López Escobar (1919), quien escogió como tema para su tesis de grado el estudio de la médula ósea mediante el mielograma. En él reunió 120 casos entre normales y enfermos, y, para iniciar el trabajo, le solicitó al doctor Cortés que le practicara la primera punción esternal. En su tesis, aparece como el paciente número uno, identificado como hombre de 24 años natural de Bogotá. El doctor López, como el doctor Acosta años antes, abandonó también la hematología y se dedicó a la ginecoobstetricia, especialidad en la cual desarrolló una brillante carrera profesional.

En 1961, el autor de estas líneas (1927) regresó a Colombia después de completar su entrenamiento en medicina interna en Cleveland y en hematología en Ohio State University, con los doctores Charles Doan y Bruce K. Wiseman. En estrecha colaboración con el doctor César Mendoza (1925-1984), nos propusimos darle el mayor desarrollo posible a la sección de hematología del Departamento de Medicina Interna del Hospital San Juan de Dios. Montamos en el laboratorio Carrión los exámenes de laboratorio especializado que se requerían para diagnosticar los problemas hematológicos más comunes y comenzamos a practicar estudios de médula ósea de forma rutinaria. Rápidamente alcanzamos un

volumen de varios centenares de mielogramas por año y nos dedicamos muy activamente a la enseñanza de la hematología en las áreas de pre y posgrado.

En colaboración con el doctor Luis Felipe Fajardo, quien sería años más tarde profesor de patología de la Universidad de Stanford, introdujimos por primera vez en Colombia la técnica de la biopsia percutánea de médula ósea, utilizando la aguja de Westerman-Jensen, investigadores con quienes tuve oportunidad de trabajar en el Presbyterian Hospital de la Universidad de Pittsburg, en 1960. En la etapa inicial, completamos 200 biopsias de médula y documentamos una enorme variedad de entidades tales como anemias, leucemias y linfomas, numerosos casos de anemia aplásica, carcinomatosis y toda la gama de patologías en que era tan prolífico el San Juan de Dios.

Recuerdo de manera muy vívida al joven agricultor con fiebre, anemia y esplenomegalia a quien le practicamos un mielograma por aspiración y una biopsia de médula. En el extendido, comenzamos a ver un enorme número de enigmáticas esférulas, por el que tuvimos que recurrir, con el doctor Mendoza, a los atlas, para tratar de adivinar de qué se trataba. Llegamos a la conclusión de que probablemente eran hongos, sospecha que se confirmó tres días más tarde cuando la técnica de laboratorio nos informó asombrada que estaban creciendo hifas en el espécimen de la biopsia colocada en una caja de Petri que alguien había guardado en la estufa de cultivos. Se trataba de una histoplasmosis visceral generalizada.

El doctor César Mendoza se había graduado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional y había viajado a Boston al New England Center, donde permaneció como *fellow* trabajando con el doctor William Dameshek. Regresó como profesor asistente de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional y consolidó a la hematología como una especialidad claramente definida dentro del Departamento de Medicina Interna. Entre 1971 y 1973, fue jefe de la Unidad de Hematología del Instituto Nacional de Cancerología, en donde dejó discípulos que continúan hasta el día de hoy la labor que inició en ese centro pionero de la oncología en nuestro país. La muerte prematura del doctor Mendoza fue una pérdida muy grande para la hematología colombiana y un golpe muy cruel para los que fuimos sus colegas, amigos y discípulos. Todos lo recordamos con especial admiración y afecto.

El doctor Alfonso Villamil (1931), después de completar su entrenamiento en la Universidad Nacional, viajó como *follow* a la Universidad de Tulane en las áreas de medicina interna y nutrición. A su regreso a Colombia, se vinculó también al laboratorio Daniel Carrión y, en colaboración con el doctor Mendoza y el suscrito, realizó estudios muy cuidadosos sobre anemias ferropénicas y por deficiencia de cianocobalamina y folatos.

Las excelentes investigaciones que llevó a cabo más tarde en estas mismas áreas y en diversos aspectos de los desórdenes nutricionales relacionados con la hematología constituyen hasta el momento el aporte más serio y documentado sobre este tema en la literatura médica colombiana. Mención especial merecen sus trabajos sobre la malabsorción intestinal y sobre la morfología de la mucosa del intestino delgado, estudiado en biopsias tomadas con la cápsula de Crosby, técnica que introdujo por primera vez en nuestro país.

El 10 de octubre de 1964, en la ciudad de Cali, nos reunimos en las horas de la noche, en la casa del doctor Jacobo Ghitis, 11 médicos colombianos dedicados a la hematología. La iniciativa de realizar esta reunión había sido del doctor Álvaro Gómez Vargas, quien ejercía la hematología en la ciudad de Bucaramanga. En ese entonces, decidimos fundar una sociedad que agrupara a todos los profesionales vinculados a la especialidad y que se convirtiera en el vehículo para la consolidación y el progreso de esta disciplina en nuestro país. Los miembros fundadores fuimos los doctores Ferry Aranzazu (Manizales), Miguel Escobar (Cali), Enrique Fals Borda (Barranquilla), Juan Dávila (Bogotá), Jacobo Ghitis (Cali), Álvaro Gómez Vargas (Bucaramanga), César Mendoza Posada (Bogotá), Alberto Restrepo Mesa (Medellín), Orlando Senior (Barranquilla), Alfonso Villamil Bernal (Bogotá) y Hernando Sarasti Obregón (Bogotá).

Durante sus 28 años de existencia, la Sociedad ha realizado congresos cada dos años, conjuntamente con la Asociación Colombiana de Medicina Interna, y, en los últimos años, congresos independientes como el que nos reúne hoy en este auditorio. También ha organizado numerosos cursos de actualización y talleres sobre temas hematooncológicos tanto clínicos como de laboratorio. Está vinculada a través de la división latinoamericana con la Sociedad Internacional de Hematología y con el Grupo de Hemostasis y Trombosis. Cuenta actualmente con cerca de 60 miembros activos.

En 1967, se organizó un curso de hematología clínica en el Hospital Militar Central, con la colaboración de casi todos los miembros de la Sociedad, y tuvo un gran éxito y numerosa asistencia. Se encargó al doctor Alberto Restrepo, secretario en ese entonces de la Sociedad, que editara un libro basado en las conferencias dictadas en dicho curso. Fue así como, en 1968, se imprimió en Medellín, en la Editorial Bedout, el primer texto de hematología colombiano con el título de *Hematología clínica*, teniendo como editor al doctor Restrepo. Este libro fue complementado más tarde con otro sobre técnicas de laboratorio en hematología y, en 1974, con una segunda edición de la *Hematología clínica*, también bajo la responsabilidad editorial del doctor Restrepo. No podemos terminar este breve esbozo de lo que ha sido el desarrollo de la hematología en nuestro país (hasta 1993) sin mencionar a otros colegas, también miembros fundadores de nuestra Sociedad y que han hecho aportes muy importantes al progreso de la especialidad.

El doctor Jacobo Ghitis (1928) se especializó en hematología en la Universidad de Utah en Salt Lake City, con el doctor Maxwell Wintrobe. Regresó al país al terminar su entrenamiento y se vinculó a la Facultad de Medicina de la Universidad del Valle como jefe de la Sección de Hematología. Sus contribuciones originales fueron numerosas; sugirió que el cloramfenicol en dosis altas podía provocar eritroblastopenia aguda benigna, estudió las consecuencias hematológicas de las deficiencias de folato, describió el primer caso en la literatura médica latinoamericana de una leucemia promielocítica y llamó la atención sobre la existencia de una sustancia ligadora del folato en la leche. Desde 1971, ha sido jefe de Hematología del Hospital Rothschild en Haifa (Israel).

El doctor Alberto Echavarría (1921-1993) se graduó como médico en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, en 1947, con una tesis *summa cum laude*, y se dedicó preferencialmente a la hematología pediátrica, campo en el cual debe considerarse como el pionero en el panorama médico colombiano. Practicó la primera exsanguinotransfusión en Latinoamérica en 1952 y publicó trabajos originales sobre la enfermedad hemolítica del recién nacido, la anemia del Kwashiorkor, estudios sobre la talasemia en Colombia y sobre la leucemia infantil.

El doctor Echavarría describió por primera vez una variante de la hemoglobina H en una familia colombiana

y fue autor de interesantes anotaciones antropológicas sobre hemoglobinas anormales. Así mismo, publicó artículos sobre hemoglobina M, afibrinogenemia y dengue hemorrágico. En 1954, reportó por primera vez en *Antioquia Médica* un caso de anemia de células falciformes. Además de su prominencia en el campo de la hematología, el doctor Echavarría fue uno de los mayores expertos colombianos en orquídeas.

Pocos minutos antes de iniciar esta conferencia, me enteré de la triste noticia de su fallecimiento en Medellín hace unos pocos días.

El doctor Alberto Restrepo Mesa se entrenó en Saint Louis (Missouri), con el doctor Karl V. Moore, y, desde 1956, ha contribuido de manera substancial con el progreso de la hematología colombiana. Ha estudiado aspectos clínicos y de laboratorio de las anemias ferropénicas, las esferocitosis, la anemia perniciosa y diversas enfermedades hemolíticas. Colaboró con el doctor Adel Yunis de la Universidad de Miami en estudios sobre la anemia aplásica por cloramfenicol y documentó por primera vez en Colombia la resistencia del *Plasmodium falciparum* a la cloroquina. Practicó con éxito un trasplante de médula ósea, en 1976, entre dos hermanas gemelas homocigotas, una de ellas afectada por hemoglobinuria paroxística nocturna. Muy probablemente fue este el primer trasplante exitoso de médula ósea realizado en América Latina. El doctor Restrepo identificó la única hemoglobina anormal que lleva el nombre de una ciudad colombiana: la hemoglobina J-Medellín.

El doctor Miguel Escobar se graduó como médico en la Facultad de Medicina de la Universidad del Valle y fue  *fellow* en hematología (1960-1962) en el Presbyterian St. Luke's Hospital de Chicago. Es profesor titular de la escuela de medicina de la Universidad Libre de Cali desde 1984, fue creador de la Fundación del Niño Leucémico y hematólogo de los Seguros Sociales (1963-1984). Su principal interés en el campo de la hematología ha sido el tratamiento de la leucemia aguda infantil.

Limitaciones de tiempo nos obligan a suspender aquí este relato de lo que ha sido el desarrollo de la hematología en Colombia. Pido excusas por no incluir en

este esbozo preliminar de la historia de la hematología en nuestro país a varios colegas también fundadores de nuestra Sociedad. Tampoco he mencionado, por los mismos motivos de falta de tiempo, a las decenas de jóvenes hematólogos que han continuado nuestra labor. Ojalá que alguno de ellos complete y amplíe dentro de algunos años este boceto preliminar de la historia de la hematología en nuestro país.

Aquí hemos visto cómo en pocas décadas (1938-1993) la hematología ha tenido un importante desarrollo en Colombia. Se ha recorrido un gran trecho desde las descripciones de finales del siglo XIX sobre la anemia tropical hasta el presente cuando en todos los grandes centros urbanos del país y en un buen número de ciudades intermedias, hematólogos de las nuevas generaciones diagnostican y tratan muy adecuadamente las enfermedades hematológicas que afligen a nuestros compatriotas, exigen varios programas de entrenamiento conjunto en hematología y oncología, y podemos estar seguros de que el progreso de nuestra especialidad no se detendrá y continuará paralelamente con el avance científico, económico y social de nuestro país.

Confío en que estos recuerdos y comentarios que he tratado de compartir con ustedes y que demuestran el lento pero sostenido avance de nuestra medicina sean un antídoto eficaz contra el pesimismo que a veces nos invade; ojalá también nos sirva para recordar que ni la medicina ni la hematología comenzaron el día que recibimos nuestro grado de médicos o iniciamos el ejercicio de nuestra especialidad. Infinidad de colegas de generaciones anteriores a la nuestra, en condiciones adversas y primitivas, aislados y con mínimos recursos, construyeron poco a poco el edificio incompleto pero enormemente respetable de lo que es hoy en día la medicina colombiana.

Recordemos que somos únicamente un eslabón transitorio en esta cadena interminable que une el pasado con el futuro, y continuemos aportando diariamente nuestra pequeña cuota de esfuerzo y de buena voluntad. Mil gracias".